

solemne de la cosecha es el tedeum de los ayllus. Vivir y morir bajo el gran cielo de los Andes. Vivir al amor de su paisaje. Vivir la eterna juventud de los pueblos campesinos. Los ayllus son trozos de naturaleza viva.

El libro de Valcárcel es una larga y bella apología del indio, una viva evocación del pasado heroico y esplendoroso y una dura diatriba contra el blanco conquistador. Lo animan cuadros de vigoroso colorido. Un lenguaje rico y enérgico y hasta una ortografía original. La tesis ilusoria. El advenimiento del dominio incario, una bella aspiración, imposible de ser lograda en la conformación actual de las sociedades. El blanco penetra, lleva su riqueza, sus instrumentos técnicos de dominio, sus máquinas, sus industrias. Lleva por encima de todo su sangre, que promueve los mestizajes y agota, poco a poco, la primitiva energía del indio.—*Julián Sorel.*

REDESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, POR  
*Waldo Frank.*

Waldo Frank en su libro toma la actitud del filósofo (1). Es uno de esos americanos que buscan la «integración» en el hombre de su país y advierte con insistencia que no quiere que se confunda su crítica con la de un H. L. Mencken, exclusivamente destructiva. El detalle pintoresco, la sátira de la política e

instituciones yanquis se encuentran en las obras de Mencken, en los famosos *Prejudices* y en los artículos del *American Mercury*. A ellos remitimos a quienes sólo quieren captar, con cierta melancolía de impotentes, el lado podrido de la vida norteamericana. Sin negar la admirable verba de Mencken, su riqueza de informaciones, su irrespetuosidad (que nos haría falta en ambientes tan adormecidos como los de esta América del Sur), creemos que con libros como el de Frank nuestras relaciones espirituales con los Estados Unidos pueden fijarse con mayor diafanidad y comprensión. A pesar de que el libro de Frank es un libro para intelectuales y no son precisamente los intelectuales quienes, en esta hora de América, orientan la historia. También la América del Sur está regida por el «hombre práctico» en el sentido unilateral en que lo define Waldo Frank, y hasta en los países de mayor cultura democrática como la Argentina—notaba en días pasados en un jugoso artículo nuestro compañero Ricardo A. Latcham—, el estadista integral con visión del porvenir, responsabilidad racial y pasión civilizadora como lo fué Sarmiento, ha sido sustituido por el hombre que atiende sus propios negocios y se aísla en sus intereses provincianos.

El problema de nuestras relaciones con los Estados Unidos es acaso el problema más capital que deba afrontar la actual generación hispano-americana. El mundo es cada día más yanqui: no podemos romper la malla apretada de intereses económicos que nos liga a los Estados

(1) *Redescubrimiento de América.* Publicaciones de la *Revista de Occidente*, Madrid, 1929.

Unidos, y de nosotros como de los yanquis depende que esas relaciones no afecten nuestra autonomía y se traduzcan en cooperación o en odio. El problema hay que plantearlo en estos descarnados términos. Intelectuales ingenuos de hace veinte o veinticinco años pensaron que nuestras relaciones con Estados Unidos podían resolverse de una manera dualista: mientras por una parte les vendíamos nuestras materias primas, les pedíamos dinero para tonificar nuestras finanzas, les acordábamos concesiones para explotar nuestras minas y yacimientos, afectábamos ignorar su vida espiritual y, negándoles todo espíritu, nunca tuvimos sobre ellos sino una documentación sumaria. En la palabra «yanqui» plasmábamos nosotros una ira y un despecho impotentes. Había en esa actitud nuestra, pecado capital de envidia, «tristeza de la prosperidad ajena». Nuestra educación y nuestra cultura nunca quisieron advertir el fenómeno. El «arielismo» era una doctrina de rebeldía lírica que partía de nuestro estado de gracia y de modo unilateral nos acordaba a nosotros todo el espíritu de Ariel y a ellos el grueso materialismo de Calibán. En este período de la vida hispano-americana la retórica se confundió con la espiritualidad. Creían nuestros mulatitos verbalistas que a Estados Unidos y a sus cien millones de hombres podíamos borrarlos del mapa. Estos retóricos vivían en Atenas y los yanquis en Beocia. ¿Qué pasó? Que las relaciones entre ambas Américas, relaciones fatales, determinadas por la economía y el medio geográfico, en vez

de ser relaciones «integrales»—comprendiendo en esta palabra todo lo que es de la persona humana (espíritu y cuerpo, instinto e inteligencia)—se realizaron en el campo limitado de los intereses utilitarios. Nuestros hombres de espíritu no tuvieron el sentido de esa hora crítica. Se disolvieron en la abstención o la protesta declamatoria. No quisieron comprender. Ellos dejaban a los comerciantes negociar, a los trusts extranjeros ramificarse: oponían una retórica negativa que nunca se preocupó de esclarecer el fenómeno. La educación hispano-americana, educación importada de Europa y llena de borrosas imágenes clásicas, desteñidas por la travesía y el bravo sol de América, no preparaba al hombre tampoco para ese encuentro ineludible con los dioses del poderío yanqui. Fuimos románticos los hispano-americanos en el sentido de que romanticismo es disconformidad, dualismo, discordancia, incapacidad para la adaptación. Pues mientras nuestro estómago necesitaba del yanqui (comprador, empresario, proveedor), nuestra inteligencia quería vivir en la contemplación de unas Atenas o unas Florencias de cartón piedra. La civilización greco-latina había venido de Europa embalada para nosotros y consignada a Rodó o a cualquiera de esos maestros verbalistas que se quedaron en la declamación o en la nostalgia. Surgió de ese dualismo un tipo romántico hispano-americano cuya carencia de realidad, entre un tejido adiposo de retórica, lo hizo un inadaptado. Y como el estómago pedía cosas distintas a las que pedía la sensibilidad,

probablemente ese personaje no sirvió sino para amanuense o mecanógrafo de los yanquis. Y por contraste, y porque nuestros hombres de espíritu quisieron ignorar el presente, surgió también un tipo de «hombre práctico» hispano-americano bastante más cruel y bárbaro que el «hombre práctico» yanqui fustigado por Waldo Frank.

La unilateralidad en nuestras relaciones explica, según Waldo Frank, por qué la atmósfera americana de estos tiempos está cargada de suspicacias. A los hombres de espíritu corresponde establecer la normalidad del fenómeno. A la «abstención» lírica que predicaron los intelectuales de hace veinte años y que entregó la América al tráfico de los hombres prácticos, debe suceder una era de comprensión y esclarecimiento. No podemos ir nosotros contra los imperativos de la Geografía y de la realidad económica. Geografía e intereses nos vinculan a los Estados Unidos. Que esas relaciones se traduzcan en odio o en cooperación es el problema que se plantea.

Los «hombres prácticos» de ambas Américas inclinan la balanza del lado del odio. Hombre práctico según Waldo Frank es el yanqui que creyó el camino más expedito entrar en relaciones con Hispano-América por intermedio de los Gómez, los Sacasa o esa prolífica familia de los Chamorros nicaragüenses. Como halló en estos hombres los «caporales de la hacienda», conocedores del «native man» y dispuestos a darle látigo a éste, su tarea se simplificó. Ese yanqui casi apareció como dulce y humano ante los otros hombres

prácticos nacidos de nuestra barbarie (Gómez, Chamorro y demás caciques de Centro América y el Mar Caribe). Mirado desde este punto de vista el problema de nuestras relaciones con Estados Unidos, la elevación y dignidad con que deben desenvolverse es casi un problema de orden y de decoro interior.

Esto y muchas más cosas nos ha sugerido el compacto libro de Waldo Frank.—*Mariano Picón-Salas.*

## VIAJES

TIERRA DE ÁGUILAS. UN SUDAMERICANO EN LA U. R. S. S., por *Eugenio Orrego Vicuña.*

Desde el título es discutible la letra de este libro: ¿Por qué *tierra de águilas*? Rusia es un país plano en que las águilas no deben abundar. Seguramente el autor se ha querido referir a los hombres que han hecho la revolución y a los que más tarde han sostenido—a menudo rectificándolos—los principios de Lenin. Y sólo así es concebible que se llame tierra de águilas a Rusia.

Este libro (1) es un relato de viaje por Siberia y Rusia. El autor sale de China en un vagón del transiberiano y viaja días y días a través de tierras desconocidas. Por fin entra en la Rusia europea y comienza a ver ciudades de relativa impor-

---

(1) *Tierra de Águilas.* Editorial Barrington. Santiago-Buenos Aires, 1929.